

DOLARES Y VOTOS

CERTOS rasgos de la política tienen la virtud de devolver los hechos a su sencillez original y despojarlas del embaucamiento con que suelen presentarse. La «votación China» en las Naciones Unidas ha producido en Washington una serie de violentas reacciones verbales por las que se ha propuesto desde la retirada de fondos a la ONU hasta la suspensión de toda la ayuda exterior, decidida por el Senado, pero, seguramente, remendada, zurcida más adelante, hasta que de alguna forma se restaure, y ello en forma de represalia por la emisión de votos contrarios a los que ya deseaban los Estados Unidos. Así se descarna un siniestro caso de compra de votos, uno de los delitos más aborrecidos por la democracia. ¿Sostenían los fondos de Estados Unidos la ONU para ayudar a la construcción de un mundo solidario? ¿Ayudaban a los países más necesitados para sacarles de su miseria? ¿O todo era un asunto de compra de votos? Ayuda a descarnar la cuestión la frase del embajador de España en su réplica a Fulbright: «El concepto implicado en su discurso de dólares contra votos no fue tratado en nuestras pasadas negociaciones». Otros embajadores de otros países, otros ministros de Asuntos Exteriores habrán podido hacerse una reflexión muy similar.

SIN embargo, caben pocas dudas que desde el otro lado de los pactos, desde muchos despachos de la Administración de los Estados Unidos, la cuestión se ha planteado así desde siempre. Desde la fundación de las Naciones Unidas en San Francisco. La instalación de la ONU en territorio de los Estados Unidos, su invasión burocrática (los Estados Unidos disponen del 42,5 de los empleos en la ONU, la URSS no llega al 1 por 100), configuraban un reparto de votos en la Asamblea General netamente dirigido por Washington. Las ficciones soviéticas para hacer entrar votos propios —Bielorusia, Ucrania...— no conseguía, de ninguna manera, un equilibrio; el uso continuado del veto en el Consejo de Seguridad era su única arma en aquel momento. Cito un testigo de excepción, el doctor Nelson Iriñiz-Casas, jefe de la delegación uruguaya en la ONU en aquellos tiempos: «Los gobernantes europeos estaban esperando ansiosamente la ayuda norteamericana. Por esta razón dejaron a Estados Unidos hacer cómodamente las Naciones Unidas. El Congreso y el Departamento de Estado conocían bien que mientras la ayuda tantas veces prometida no se concretara en los hechos, estaban libres para actuar en todas las esferas de la política exterior occidental. En consecuencia, las discusiones se extendieron largamente en el Senado y en la Cámara de Representantes. El 31 de marzo de 1948 los representantes norteamericanos aprobaron el Plan Marshall (5.300 millones de dólares) para el Programa de Reconstrucción Europea. (...) Cuando el Presidente Truman firmó esta Ley el 3 de abril de 1948, habían transcurrido tres años durante los cuales el Departamento de Estado y el Congreso no habían hallado obstáculos para acomodar sus piezas de ajedrez en la ONU». Y estas otras palabras proféticas, porque están escritas en 1969: «En los últimos años Estados Unidos ha ignorado a la ONU (con o sin el acuerdo de Rusia), convocando conferencias de unos pocos países fuera del ámbito de las Naciones Unidas. Esto sería imposible con la China comunista. Estados Unidos estaría obligado a plantear todas las cuestiones de su interés en el seno de las Naciones Unidas. Tendría que someterlas a la votación de una Asamblea General en la que, seguramente, contaría con los votos de los países "satélites" latinoamericanos —que hoy suman menos de un quinto del total de los miembros de las Naciones Unidas—, pero donde no podría contar con el apoyo de la totalidad de países del bloque afroasiático ni tampoco con los votos de algunos países europeos occidentales interesados en comerciar con la China comunista (Italia, Suecia y Dinamarca, entre otros). Las derrotas de los Estados Unidos en la Asamblea General serían frecuentes. Y el Congreso se negaría a que su país integre y financie una Naciones Unidas que han dejado de servir los intereses de los Estados Unidos» (Nelson Iriñiz-Casas, «Corrupción en la ONU». Editorial Europa-Sudamérica. Montevideo, 1969).

PARECE que lo que ha muerto ahora, tras la «votación China», es todo un concepto de ayuda que viene desde el Plan Marshall a nuestros días; que esta ayuda haya favorecido más a los Estados Unidos, en muchos casos, que a algunas de las naciones que la han recibido, parece obvio, y ello hace pensar que no va a desaparecer. Con respecto a Europa, el objetivo del Plan Marshall era la delimitación de unas fronteras político-militares y la posibilidad de inversión, dentro de la zona asegurada, de unos capitales norteamericanos que no estuviesen amenazados por la subversión interior. Parece que esto está largamente conseguido. Las últimas intranquilidades —el desafío al dólar, la consolidación del Mercado Común con el ingreso de Gran

Bretaña y más adelante con los de otros países de la EFTA— no modifican seriamente ese panorama a corto plazo, y el principal problema está en la crisis interior de Estados Unidos por el desmesuramiento de su acción imperial. En los países subdesarrollados el planteamiento es parecido, pero mucho más claro: los Estados Unidos abonan, con unos dólares y unas acciones políticas y militares, la adquisición de mano de obra y de materias primas baratas. El balance es hasta ahora favorable a Estados Unidos. Si pagaran las materias y los jornaleros a su justo precio, les saldría más caro que lo que pagan ahora, aún sumándole las «ayudas». Sin embargo, otros presupuestos deben ser enormemente elevados para contener, también, el cambio de situación en esos países: el militar, el de la CIA...

POR otra parte, el debate Congreso-Presidencia corresponde muy netamente a la política interior. Al reprochar a otros países no haber cumplido con sus votos, el Senado está reprochando a Nixon la posible maniobra que ha hecho posible el ingreso de China en la ONU y, sobre todo, la expulsión de Formosa, tema probablemente único aunque se divida artificialmente en dos, y también, probablemente, negociado directamente por Kissinger, en Pekín, previamente, y al cortar la ayuda exterior está cortándole directamente a Nixon los vuelos de la política expansionista, tratando de reducir los Estados Unidos a un papel no imperial. Y tratando, al mismo tiempo, de minar las posibilidades electorales del actual Presidente para 1972.

TODO este juego es peligroso. Puede ayudar a la configuración de un mundo nuevo. Pero la desaparición del mundo antiguo no se hará sin una serie de inquietantes crisis.

El senador William Fulbright charla con el senador Frank Church, momentos antes de la reunión del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. El Senado decidió la suspensión de toda ayuda exterior como reacción ante el resultado de la votación sobre el ingreso de China.

